

tar la alianza de aquel hombre, el cual ponía por condicion el casamiento de su hija Ana con el príncipe Eduardo, pero siendo éste el único recurso para poder reconquistar el trono de Inglaterra, accedió; se efectuó el casamiento, y Warwick abandonó á Clarence, á quien ya no necesitaba para sus planes ambiciosos. Auxiliado decididamente por Luis XI desembarcó en Inglaterra con un ejército de proscritos y descontentos en otoño del año 1470, proclamando rey otra vez á Enrique VI. Caras pagó Eduardo IV la debilidad é imprevision con que, á pesar de los consejos de su cuñado Carlos de Borgoña, había confiado todos los gobiernos y altos puestos militares á los protegidos de su esposa, partidarios de la casa de Lancáster, porque todos se pusieron en-

tonces de parte de Warwick y engrosaron el ejército de la reina Margarita. El pueblo, oprimido y descontento, siguió su ejemplo, y antes de que Eduardo IV pudiera echar mano á las armas, vióse obligado á huir, logrando á duras penas llegar á la costa y embarcarse con pocos acompañantes para los Países Bajos. Allí fué bien recibido por su cuñado, que le ayudó enérgicamente para reconquistar su corona, porque la caída de York y la subida de Lancáster era para él un golpe terrible en su lucha ya oculta, ya abierta con el rey de Francia. En efecto, un Lancáster reinando en Inglaterra sería el aliado natural de Luis XI contra los proyectos ambiciosos de Carlos de Borgoña.

Enrique VI, que hasta entonces había estado prisionero



Sello de Enrique VII de Inglaterra.—Consérvase en el Archivo del Gobierno, en Berlin.

del usurpador, fué sacado de la Torre de Lóndres y sentado otra vez en el trono, siendo como antes rey puramente nominal, pues esta vez estaba todo el poder en manos de Warwick. Este no dió participacion en el gobierno á la reina Margarita, como ella había esperado, lo cual fué causa de que entre ambos se notara pronto una notable y funesta tirantez de relaciones. El parlamento envilecido se inclinó ante el poderoso vencedor, y prestando obediencia á todas sus órdenes, condenó como usurpado é ilegal el reinado de Eduardo IV y anuló todo lo hecho durante su gobierno; todos los partidarios de la casa de York fueron depuestos de sus honores y empleos, los cuales fueron repartidos como buen botín entre los secuaces de la casa de Lancáster, que por gran fortuna se contentaron con esto é imitaron á sus adversarios entregándolos en masa á los verdugos.

También duró poco la gloria de los Lancáster. Eduardo IV, que había recobrado su antigua energía, auxiliado ocultamente por su cuñado, hizo armamentos en Flandes y en el mes de marzo pasó con 8,000 hombres armados á Inglaterra. Desembarcó cerca de Ravenspur en la embocadura del Humber, donde había desembarcado en otro tiempo

por primera vez Enrique de Lancáster, al cual Eduardo IV al parecer se había propuesto imitar, pues declaró como había declarado Enrique, que no iba para recobrar la corona perdida sino únicamente para reclamar el ducado de York, que por herencia le pertenecía. Al mismo tiempo reconoció repetidas veces y de una manera solemne el derecho de Enrique VI y de su hijo Eduardo á la corona, probablemente porque quería averiguar antes la opinion y la disposicion del pueblo. Este se fué pronunciando mas decididamente en su favor á medida que Eduardo de York avanzó hácia el Sur. De todas partes engrosaron su hueste partidarios antiguos y nuevos; su hermano Clarence, disgustado de las ambigüedades de Warwick, que le había prometido el trono y después había reconocido por heredero al hijo de Margarita, hizo la paz con él. Así llegó Eduardo IV á Lóndres, que le abrió sus puertas. Allí sacó de su prision de Westminster á su esposa é hijo primogénito, se apoderó de Enrique VI, y llevándosele en rehenes marchó al encuentro del ejército de Warwick y de Margarita. Entretanto, Warwick y Margarita con sus tropas se habían puesto en marcha hácia la capital, y no léjos de allí, cerca de Barnet, se libró el 14 de

abril de 1471 la batalla decisiva. Empezó esta batalla al amanecer, después de haber hecho jugar Warwick su artillería durante toda la noche contra el campamento de Eduardo, por cierto sin resultado. Por ambas partes se peleó denodadamente, con la conviccion de que del éxito de esta batalla dependía la suerte definitiva de los dos partidos. Eduardo IV se precipitó con valor impetuoso en lo mas espeso de la pelea y su hermano menor, Ricardo el contrahecho, hizo prodigios de valor. Al mismo tiempo en las filas de Warwick y de Margarita cundió la voz de traicion sembrando la confusion entre los combatientes, que sucumbieron ante una nueva arremetida violenta de las tropas de York, cuya victoria fué completa. Entre los cadáveres que cubrieron el campo de batalla se encontraron el de Warwick, el de su hermano Montague y los de los nobles principales del partido de Lancáster.

El triunfo de Eduardo IV no fué sin embargo completo, porque mientras él peleaba con Warwick, la reina Margarita había desembarcado cerca de Weymouth, donde supo la muerte de su aliado forzoso, que tanto mal le había hecho. Todos los partidarios de la casa de Lancáster que no habían perecido ó huido, se agruparon al rededor de la reina, la cual se dió prisa á llegar al Norte, donde una vez entre sus partidarios podía arrostrar los ataques de Eduardo IV, que se habría visto entonces en situacion tan precaria como había sido en otro tiempo la de su padre. Por eso Eduardo IV se dirigió con su ejército á marchas forzadas al Norte para ganar la delantera y cerrar el paso á la reina Margarita. Cerca de Tewkesbury tuvo efecto el 4 de mayo el choque sangriento entre los dos ejércitos, saliendo vencedor también el de Eduardo IV, que hizo una carnicería horrorosa y sin cuartel en los enemigos. Allí fué acuchillado también el hijo de Margarita y yerno de Warwick, el príncipe Eduardo, que solo contaba 17 años. Los partidarios de Lancáster que cayeron vivos en poder de los vencedores espiraron al día siguiente bajo el hacha del verdugo.

Eduardo IV, otra vez dueño del país, se decidió á sofocar la rebelion definitivamente aterrando á sus adversarios con medidas sangrientas y sin contemplaciones.

Marchó á Lóndres, que entretanto había sido defendida por los habitantes contra la gente de Warwick que la habían atacado de la parte del rio. El infeliz Enrique VI, que durante los últimos sucesos había estado encerrado en la Torre de Lóndres, recibió la muerte, y según se dice fué Ricardo, el hermano del rey Eduardo IV, quien mató al último Lancáster; quedando solo Margarita, el alma de esta casa, que hecha prisionera después de la batalla de Tewkesbury recobró su libertad en el año 1474 por intercesion de Luis XI, y con el corazon destrozado y presa de amargos recuerdos se retiró á su país. Muchos partidarios de la casa de Lancáster lograron refugiarse al otro lado del Canal, donde, en su mayor parte arruinados y empobrecidos, arrastraron una existencia triste, en lucha constante con la miseria, transmitiendo á sus hijos y nietos el odio al afortunado usurpador y la esperanza de volver otra vez á Inglaterra y recobrar el poder á favor de un súbito cambio, como tantos habían visto. Con esta esperanza mantuvieron los refugiados relaciones ocultas con sus amigos de Inglaterra.

Ocurrió á Eduardo IV lo que al primer Lancáster en el trono de Inglaterra: jamás vivió ya tranquilo en posesion del poder usurpado y manchado de sangre; los placeres sensuales, á que tan aficionado era, no pudieron acallar su constante temor de verse otra vez derribado del trono por alguna conspiracion ó sublevacion afortunada; ni pudo hacer olvidar lo pasado ni extinguir el odio contra él suscitado. Vivió atormentado de continuos temores y sobresaltos que

ESTADOS DE OCCIDENTE

le impulsaron á adoptar medidas de tiranía feroz; con la cooperacion rastrera de la cámara de los comunes impuso sumariamente la pena de muerte por alta traicion á las familias mas opulentas y distinguidas del país que habían sido del partido de Lancáster, y como esta pena implicaba la confiscacion de bienes, cayó en poder del rey nada menos que una quinta parte de la propiedad territorial del país. Era el gobierno de Eduardo IV un gobierno de terror, autocrático é inclemente, que sin abolir las antiguas y ya tradicionales instituciones políticas, jurídicas y administrativas, hizo temblar continuamente por su vida á los afectos al partido proscrito, á pesar de que posteriormente el parlamento reintegró en sus patrimonios á los descendientes de los partidarios de la casa de Lancáster condenados y ejecutados como culpables de alta traicion. Si la nacion no se alzó contra este régimen, que además para no pedir fondos al parlamento la obligó á pagar al gobierno una contribucion llamada *voluntaria*, fué porque estaba cansada de guerra y de sangrientos cambios dinásticos.

A pesar de este cansancio produjeron su fruto horrible las traiciones, matanzas y demás calamidades con que las casas de Lancáster y York en sus sangrientas contiendas habían causado la desgracia del país. Todas las maldades de aquella triste época vinieron á personificarse todavía en un personaje funestísimo, el monstruo Ricardo, hermano menor de Eduardo IV y después sucesivamente protector, regente y rey de Inglaterra.

A ejemplo de Enrique IV y Enrique V, quiso borrar Eduardo IV de la memoria de la nacion por medio de una nueva guerra con Francia el recuerdo del origen de su subida al trono y los horrores que la acompañaron; pero la alianza que hizo para este objeto con su cuñado Carlos de Borgoña no dió el resultado que esperaba, por la temeraria y desgraciada ingerencia de este hombre terco en la guerra del arzobispado de Colonia y el consiguiente sitio interminable de Neuss, con lo cual dió tiempo á Luis XI de prevenir lo necesario para resistir eficazmente todo ataque y obligar al rey de Inglaterra á hacer la paz con él. Después sobrevinieron peligros en la misma Inglaterra y en la propia familia del rey. Este y su hermano Clarence conservaban vivo el recuerdo de sus antiguas discordias. El rey no había olvidado las conspiraciones y rebeldías de su hermano, y Clarence no podía consolarse del fracaso de sus esperanzas ambiciosas. Además Eduardo no quiso entregarle una parte de las ricas posesiones de su suegro Warwick, y él mismo se opuso secretamente á que Clarence, viudo á la sazón, se casara en segundas nupcias con la hija y heredera del duque de Borgoña. Entre los dos hermanos fué creciendo así la desconfianza y animadversion, hasta que las extralimitaciones de Clarence hicieron estallar el conflicto. Acusado Clarence al fin de haber conspirado contra la vida y el trono de su hermano, fué condenado á muerte y asesinado secretamente en la Torre de Lóndres, su cárcel. El rey Eduardo IV murió el 9 de abril de 1483, consumido por los continuos temores de verse destronado otra vez y por los de la suerte reservada á su familia. El heredero de la corona era un niño de 12 años, y apenas hubo muerto el rey, estalló el odio implacable de sus partidarios contra los parientes de la reina encumbrados por el difunto monarca á pesar de haber sido partidarios de la familia de Lancáster, y á los cuales había confiado sus hijos. Los implacables partidarios de la casa de York arrebataron al joven rey de manos de su tutor el conde de Rivers, hermano de la reina viuda; le encerraron para mayor seguridad, según decían, en la Torre de Lóndres, y luego proclamaron en lugar de Rivers, protector y regente del reino al hermano menor del difunto rey, el duque Ricardo de Gloucester.

75

Este monstruo, del cual Shakspeare nos ha dejado el retrato trazado de mano maestra, era un alma infernal, falsa, hipócrita, despreciadora de todas las leyes divinas y humanas, criminal, cínica y sedienta del poder absoluto. Personificaba el salvajismo rudo primitivo al mismo tiempo que la perversión general de su época, de la cual no estaba exenta ni la Iglesia, la cual solicitó servilmente empleando todos los halagos el favor de este monstruo. Paso á paso, con cálculo refinado fué abriéndose Ricardo el camino hasta el trono. Valiéndose de astucias y añagazas, se deshizo uno tras otro de los hombres que podían estorbarle; sin respetar la memoria de su hermano hizo correr dudas respecto de la legitimidad del heredero de la corona, y con el auxilio de instrumentos serviles consiguió ser coronado rey de Inglaterra en 5 de julio de 1483 en lugar de su sobrino, cuyo asesinato, como el de su hermano, fueron la consecuencia de la usurpación. Después hizo dar muerte á los hombres que le habían servido para subir al trono, á fin de librarse de sus reclamaciones y de las recompensas prometidas, que pronto le fueron molestas y se transformaron en motivos de despecho. Su cómplice principal, el duque de Buckingham, ya en otoño de 1483 intentó destronar á Ricardo, el cual sofocó la sublevación y entregó la cabeza de Buckingham al verdugo. Los descontentos tenían por candidato al trono ya entonces á un descendiente de la casa de Lancaster, Enrique Tudor, hijo de Eduardo Tudor, conde de Richmond, y nieto de Owen Tudor, descendiente de una antigua familia de reyes del condado de Gales, y de Catalina de Francia, viuda del rey Enrique V de Inglaterra. La muerte de Buckingham destruyó por lo pronto todas las esperanzas de ver librado el país del infame Ricardo III. Este tuvo el disgusto de perder á su único hijo y heredero. También murió su esposa Ana, la hija de Warwick, casada en primeras nupcias con el joven hijo de Enrique VI y de Margarita, asesinado según se decía por el mismo Ricardo, que luego se casó con la viuda á pesar de todos los esfuerzos de Eduardo IV en contrario. Viudo ya Ricardo, pretendió casarse con la hija de su mortal enemiga la reina viuda Isabel y hermana de los dos príncipes,

hijos de su hermano Eduardo, asesinados por orden suya.

La reconciliación de los partidos de Lancaster y de York que no había logrado la consideración de la miseria de la patria, la realizó el gobierno terrorífico del monstruo que con el nombre de Ricardo III ocupaba el trono, y que recelando siempre conspiraciones, perseguía por igual á los partidarios de los Lancaster y á los York. Los perseguidos buscaron en masa un asilo seguro en Francia, donde la desgracia común les hizo olvidar el odio de partido. En Inglaterra deseaba todo el mundo verse libre del tirano, cuando en 1.º de agosto del año 1485 desembarcó en Milfordhaven, en el condado de Gales, su país, Enrique Tudor con 3,000 hombres. Fué recibido por el pueblo con los brazos abiertos y la nobleza acudió en masa á sus banderas. Ricardo III tomó las disposiciones más acertadas y enérgicas contra el pretendiente y redobló el terror; pero nadie quiso sacrificarse por el tirano falaz y sanguinario: los grandes acudieron en armas á su llamamiento, pero decididos á pasarse al pretendiente tan luego como la situación les ofreciera una ocasión favorable. Este momento se presentó en la batalla que Ricardo libró el 22 de agosto á Enrique Tudor cerca de Bosworth. En ella quedó Ricardo vencido, no obstante su valor y arrojo, por la deserción de los hermanos Stanley, de los cuales el mayor estaba casado en segundas nupcias con la madre de Enrique de Richmond. Ricardo murió peleando, y la corona que llevaba por cimera en el yelmo adornó las sienes de Enrique Tudor, proclamado rey de Inglaterra en el mismo campo de batalla. Con el advenimiento de Enrique al trono se cerró el período de treinta años de sangrientas guerras dinásticas y fratricidas, quedando al propio tiempo vencido en Inglaterra el poder feudal de la nobleza y libres de esta terrible traba la autoridad del monarca y del envilecido parlamento, si bien este último no pudo atreverse por lo pronto á hacer resistencia ni al primer rey Tudor, Enrique VII, ni á sus descendientes, que tuvieron por su parte interés, atendido lo cuestionable de su derecho al trono, en hacer una política nacional, inaugurando con ella una nueva era para Inglaterra.

LIBRO QUINTO

LA NUEVA DISTRIBUCION POLITICA DEL OCCIDENTE Y LA ORGANIZACION INTERIOR MODERNA
DE LAS POTENCIAS POLITICAS

(1485-1516)

CAPITULO PRIMERO

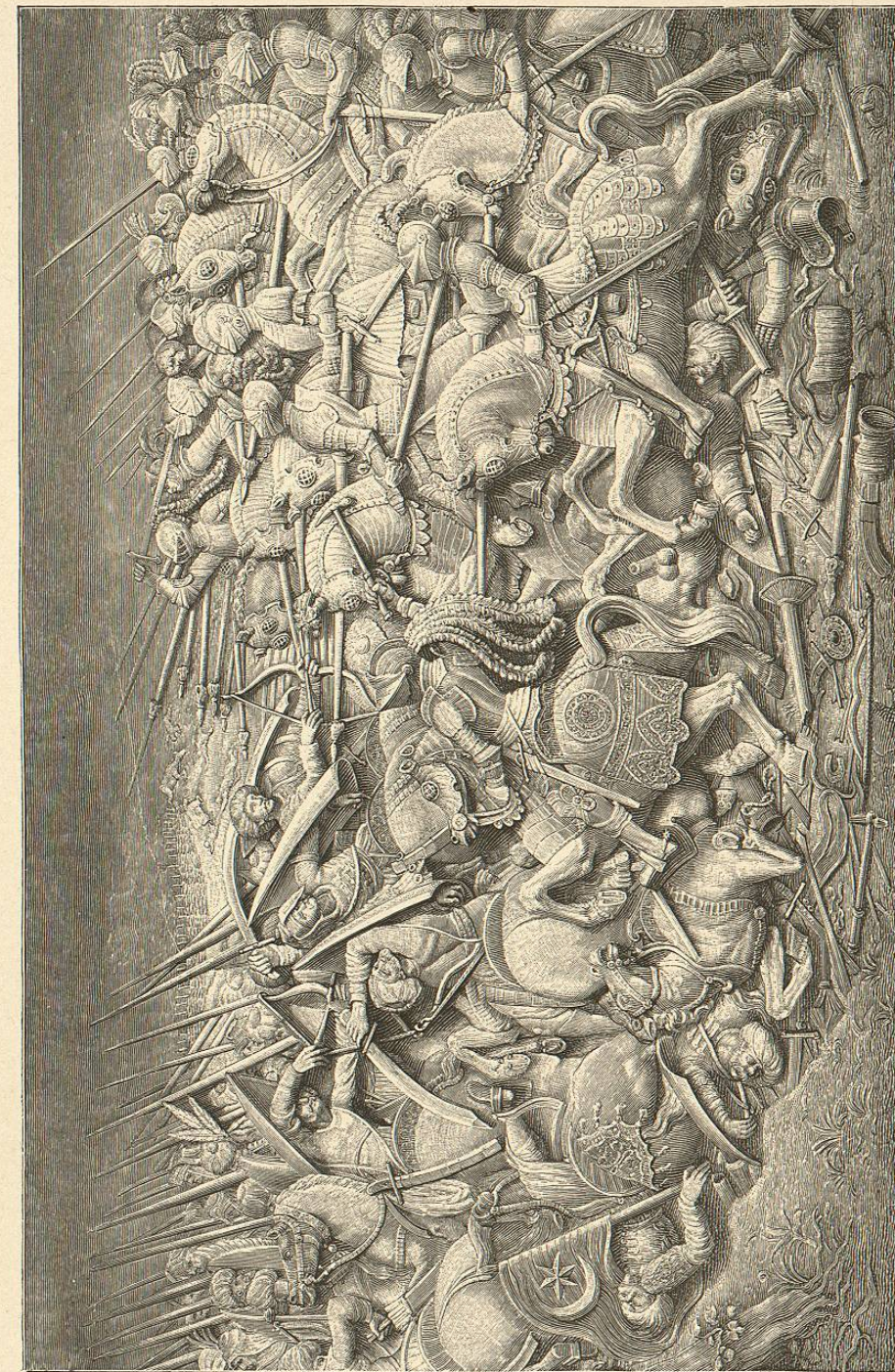
ALEMANIA EN EL REINADO DE MAXIMILIANO I

(1483-1516).

Durante el medio siglo en que Federico III había ceñido la corona real de Alemania había ido progresando considerablemente la descomposición del imperio alemán. La impotencia de la autoridad central y el egoísmo ruin de su representante hicieron que la unidad política y nacional no solamente pareciera inútil á los miembros del imperio, sino que fuera en realidad un obstáculo allí donde pugnaban por manifestarse la vida y la actividad. Prueba de esta verdad

era el tristísimo papel que el imperio había hecho en las guerras de Bohemia y Hungría y en las de Borgoña y Francia; en las primeras los húngaros se habían apoderado de una gran parte de los Estados hereditarios de la casa de Habsburgo, incluida la capital Viena, en cuyos muros ondeaba la bandera de Matías Corvino; y en las segundas un ejército reunido delante de Neuss como el imperio jamás había reunido otro igual en cuanto á número y espíritu guerrero, se había visto condenado á la inacción y había abandonado finalmente el teatro de la guerra de una manera nada gloriosa por las malas y miserables artes del mismo emperador.

Con la elección de su hijo Maximiliano para la dignidad de rey de Alemania había habido alguna mejora, porque



Escena de la guerra de Maximiliano I contra los turcos.
Bajo relieve en mármol del monumento del emperador Maximiliano en la iglesia del palacio de Innsbruck.